

FEDERICO SERRANO



Un otoño diferente



2

12 octubre 2022

Hora: 17,45

Calle Arturo Soria, 270

«Ha llegado el día.

Ahora, cuando me dirija a la puerta de salida de la clínica, me detendré un instante para asegurar que dejo dentro tantas cosas... las noches de insomnio, las diarreas y el estreñimiento, las infinitas analíticas en mis maltrechas venas, la voz, unas decenas de ganglios, la inflamación de la cara... Y daré un paso adelante en la acera con Elena, 24 horas a mi lado, mi voz con los médicos y enfermeros, mi aliento en las malas horas, y respiraré aire fresco, veré a esa abuela paseando con su perro y descubriré la luz ámbar de un semáforo o el sonido de un claxon. Vuelvo a la calle, vuelvo a mi Madrid tras mi obligado confinamiento y vuelvo a veros, aunque no he dejado de veros, de otra manera, en estos días. Muchas gracias por vuestro ánimo. Empiezo otra etapa».

...Pero esta historia empieza un tiempo antes.

3

Agosto de 2022 *El verano en Conil de la Frontera*

Como todos los años y desde hace ya unos cuantos, toda la familia nos desplazamos a esas tierras gaditanas para disfrutar de sus encantos, tanto de sus playas como de su gastronomía, de sus gentes, de su clima.

Pero para mí no era un verano más. Tenía extrañas sensaciones; falta de apetito, un agotamiento generalizado, tenía debilidad en las piernas, andaba pendiente de un tropezón y caerme, me faltaba el aliento en cuestras y escaleras.

Intentaba seguir manteniendo mis costumbres habituales, las mañanas desayuno y paseos por el pueblo, por sus calles estrechas y casas encaladas, pero no era igual, yo no me encontraba bien.

El calor me agobiaba, estar en la playa era un suplicio y solo al caer la tarde y con el descenso de la temperatura me encontraba algo mejor. Manteníamos

nuestras costumbres de cenar en los diferentes restaurantes y tomar una copa antes de volver a casa. No quería preocupar a Elena, eran sus vacaciones anuales, tan esperadas; pero ella se estaba dando cuenta de que yo no estaba bien.

Algunos días almorzábamos en los chiringuitos de la playa. Tras la comida, me quedaba en la mesa mirando el mar, en silencio. En medio del ruido del local encontraba el sosiego del lento ir y venir de las olas. No había nada que decir, solo disfrutar del momento, arriba un cielo luminoso, abajo las olas juguetonas. Y no todas son iguales, unas llegan lentas a la orilla y otras, atrevidas y osadas, rompen antes, espumosas, para disfrute de los bañistas.

Me pasa lo mismo cuando miro al fuego. Sentado enfrente de una chimenea, ver las llamas ascender, caprichosas, se me olvida el reloj, dejar que la vista disfrute, liberar la mente, abandonar las preocupaciones, evitar dar rienda suelta a los miedos y temores...

Una tarde solo en casa, sentado en el jardín con mi lectura y mientras Elena y los chicos estaban en la playa, noté molestias en la garganta, al tragar, que empezaban a ser habituales. De forma instintiva me llevé la mano al cuello, al punto de

dolor, y allí descubrí un bulto. Era como un grano pegado a la piel, por dentro, que se movía al tragar acompasadamente. Era algo vivo dentro de mi cuerpo y que no había contado conmigo para instalarse. Esto no pintaba bien.

Cuando Elena volvió de la playa le conté mi descubrimiento. Como siempre, tranquila y escuchando mis explicaciones, puso sus dedos en mi cuello y comprobó la existencia de mi nuevo «inquilino».

Tras un pequeño silencio fue contundente:

—Vamos a pedir cita en el médico para que te vean nada más volver a Madrid.

Y así fue.